



www.loqueleo.com/co

Martina y la carta del monje Yukio

© Del texto: 2015, Alejandra Jaramillo Morales

© De las ilustraciones: 2015, Carlos Manuel Díaz Consuegra

© De esta edición:

2016, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá — Colombia

www.loqueleo.com/co

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-9002-38-4

Impreso en Colombia

Impreso por Quad Graphics Colombia S.A.

Primera edición en Alfaguara Juvenil Colombia: febrero de 2015

Primera edición en Loqueleo Colombia: mayo de 2016

Sexta reimpresión en Loqueleo Colombia: diciembre de 2020

Dirección de Arte de la colección:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Martina y la carta del monje Yukio

Alejandra Jaramillo Morales



loqueleg

*A Matías y Libertad,
con mi amor agradecido.*

*A Ted Henken,
porque en su apartamento
en Nueva York imaginé
esta historia*

La carta del monje Yukio me tomó por sorpresa. Nunca me imaginé que de tanto ansiar que me llegara una carta se produciría el milagro. Yo esperaba una carta de mamá, que ella un día sintiera ganas de escribirme en papel y no en la pantalla del computador. Desde que llegué a Nueva York a finales de diciembre, con el único fin de hacerle una visita a papá, me fascinó que todos los días llegaban cartas al correo. Cartas y más cartas, revistas con



anuncios de ropa, música, libros y cuanto objeto uno se pueda imaginar. De la gran ciudad, y eso lo puedo decir con certeza, lo que más me había gustado era eso, la caja del correo, la llavecita con que papá me enseñó a abrirla y esa suerte de encontrar algo cada día. Que papá viviera en Nueva York no era importante para mí, de todas maneras vivía en Estados Unidos, lejos, muy lejos y eso era suficiente para que me llenara de intrigas. Pero de eso no hablemos ahora, de esos sueños que yo me hice durante los muchísimos años que no vi a papá. Bueno, de los cinco años calendario, en ese tiempo de los papás que confían en los números exactos para medir lo que no se puede medir.

Todo lo que me rodeaba era distinto. Bueno, un poco distinto; la vida era igual pero con objetos, palabras y olores diferentes. En Nueva York desayunábamos, almorzábamos y comíamos. Nos bañamos todos los días —a veces no en el invierno porque el frío es tan tremendo que el cuerpo parece perder por completo el sudor—. Salíamos al parque y veíamos mucha televisión, más de la que mamá me dejaba ver en Bogotá. Pero claro, todo eso que parecía igual era muy diferente, los

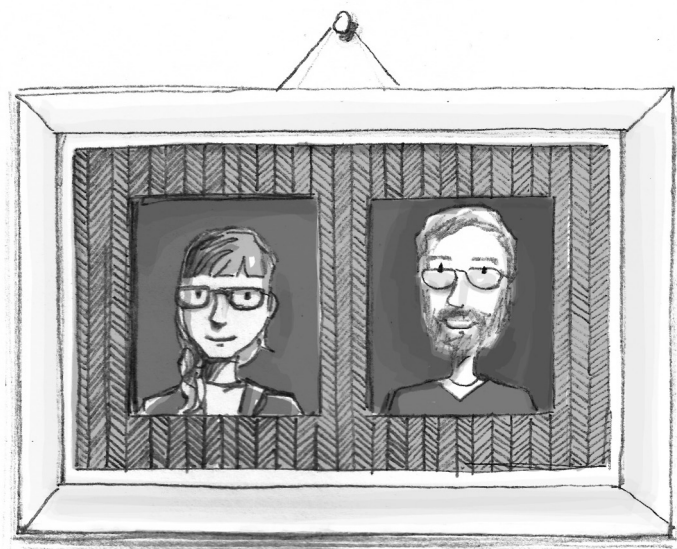


edificios viejos y altísimos, tanto que a veces me preguntaba cómo podía el oxígeno escurrirse entre tantos ladrillos y alcanzarnos, a nosotros, tan pequeñitos acá abajo. Los árboles pelados, bueno, no todos, porque algunos árboles no pierden sus hojas, pese a mi idea de que el invierno era un conjunto infinito de chamizos. La gente vestida con ropas que yo no había visto y papá ya no era alegre como antes. Pero, de todas maneras, mientras yo me trataba de acomodar a ese extraño desfase entre lo igual y lo diferente, a esa grieta donde el mundo parecía burlarse de mí por su aparente familiaridad siempre disfrazada, apareció el monje Yukio. Aunque cuando lo pienso, que él me escribiera una carta no debía ser tan raro. Él era tan extraño que seguro podía ser el último de los seres que se sentara a escribir una carta en papel en vez de usar el computador. El monje Yukio lo hacía todo diferente. En días de invierno lo encontrábamos en el antejardín del edificio, al lado de las escaleras que suben al portón, en posturas de yoga, las más extrañas que yo he visto, y se quedaba quieto por horas en medio de ese frío, y, para completar, lo hacía en camisa de manga corta. Caminaba tan

despacio que la gente alrededor casi quería sacarlo de los andenes, por el afán con que viven acá. Tenía una planta, ahora sé que es un cerezo japonés, y lo ponía frente a la puerta de su apartamento, no al lado como hacen los demás; no, él lo ponía frente a su puerta, como si el cerezo estuviera golpeando para entrar. Por eso, que él me mandara una carta no era tan raro, pero en realidad sí lo era porque para mí fue una gran sorpresa ver mi nombre escrito en tinta negra, con esas letras que parecían más bien caracteres orientales, en un sobre blanco y el nombre completo del monje y las direcciones de los dos que solo se diferenciaban por el número del apartamento. ¿Qué podría escribirme?

13





ΠΑΡΑ

Cuando era niña nunca imaginé que papá y mamá podrían estar separados. Me levantaba antes que ellos y los veía dormir. Me gustaba mucho verlos mientras dormían porque pasaban todo el tiempo abrazados y cuando se cansaban de estar pegados y alguno se salía del abrazo entonces la mano de uno de los dos se quedaba sobre el cuerpo del otro. Todo el tiempo sus cuerpos estaban en contacto. Pero una mañana el encanto se acabó.

—Martina, debes saber que papá se va a trabajar a Estados Unidos.

Papá se fue un día de mucho sol y mamá me mostró el avión en que papá iba volando hasta que nuestros ojos ya no alcanzaron a verlo más. Ella lloraba y lloraba, ¿cómo iba a dormir?, pensaba yo y luego, cuando el avión ya no se veía, me abrazó y



me dijo: —Tranquila, hija, pronto nos volveremos a encontrar con papá, todo va a ser para bien.

Días después mi papá pasó a convertirse en el papá del computador. Me mandaba cartas que mamá leía en voz alta y que poco tiempo después leería yo sola porque me empecé en aprender a leer para ver las cartas de papá. Y los fines de semana aparecía en la pantalla y me hablaba. Algunas veces, mamá llevaba el computador hasta mi cuarto cuando era la hora de dormir y papá en la pantalla me contaba historias. Yo veía a papá en la pantalla y sentía un poco de miedo. Me parecía que sus movimientos eran demasiado lentos. Detrás de él había un cuadro, era como un mapa gigante de Manhattan en dibujos animados y me impactó mucho cuando llegué a Nueva York y vi ese mismo cuadro. Entonces pensé cómo se sentiría mamá de ver mi cara junto al cuadro ese del que muchas veces habíamos hablado.

El tiempo entre la partida de papá y mi viaje a visitarlo se me hizo largo. En esos años hice mi primera presentación de ballet, aprendí a escribir cartas a mano, entré sola a cine con mis amigas del colegio, fui sola en avión a Cali a visitar a los

abuelos, creé mi cuenta en Facebook, me saqué las mejores notas de toda la primaria, deseé mucho el regreso de papá.